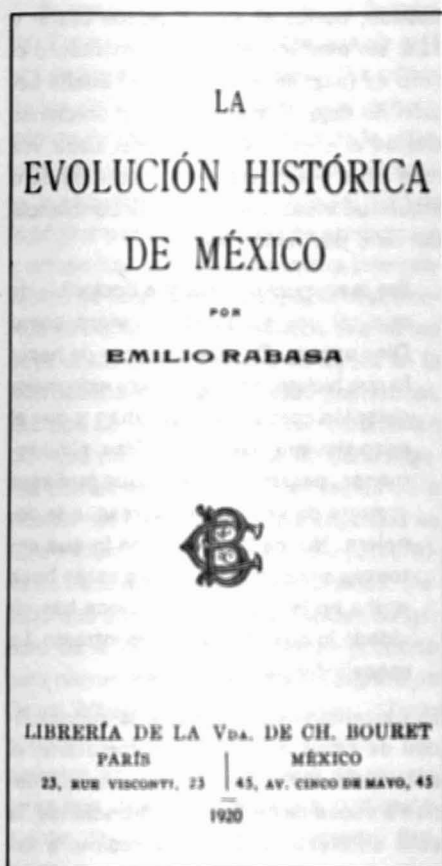




Y sin embargo Rabasa tuvo significativa influencia en el constituyente de 1917, concretamente en el artículo 14 del ordenamiento de Querétaro, que significó para el país la vuelta al régimen constitucional.

Andrés Molina Enríquez también participó en los trabajos de Querétaro. Preparó el anteproyecto del artículo 27 constitucional, y en su *Esbozo de la historia de los primeros diez años de la Revolución agraria de México*, de 1910 a 1920, diferenció con rigor las etapas convulsas de la historia nacional que desembocaron en la Revolución de 1910, a su juicio inconclusa y uno de tantos episodios, "el más profundo y trascendente", dijo, de las luchas agrarias comenzadas desde la Independencia. De los acercamientos contemporáneos a la historia del país, el de Molina Enríquez posee un doble carácter: su precursor análisis sociológico y político de los grandes acontecimientos, reseñados extensamente desde la conquista de México, hasta el constituyente de Querétaro, y su conocimiento cabal de los problemas del país, acreditado en uno de sus trabajos fundamentales sobre la problemática y política del mismo, *Los grandes problemas nacionales*.

Varios han sido y son los proyectos editoriales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Desde sus comienzos remotos, en el año de 1533, hasta hoy, la Universidad ha sido factor fundamental en la historia de la cultura nacional. En el pasado como ahora, ha representado y ocupado su lugar en la vida del país como la mejor institución educadora que se pueda señalar. Inserta en la vida de México su acción y vocación la transforma y enriquece, y da sentido y dirección al esfuerzo educativo de los mexicanos. Ahora la "Biblioteca Mexicana de Escritores Políticos" contribuye de nuevo a este propósito, un propósito cultural que, como lo concibiera Alfonso Reyes, entiende la cultura como una función unificadora. Cultura, dijo Reyes, "la concebimos bajo la especie geométrica del círculo, la figura total y armoniosa." Esta colección aspira así a difundir el conocimiento de los escritores políticos, un conocimiento lo más completo posible, puesto al servicio de los fines de la Universidad, con unidad significativa, y que logre un repaso total del difícil tránsito de las ideas que hoy nos constituyen como nación. Una observación final: las ediciones de la "Biblioteca Mexicana de Escritores Políticos" poseen un gran valor adicional al que tienen en sí mismas, un doble valor diría yo: sus notas introductorias y sus índices onomásticos. ♦

LA ESPECIE DESCONOCIDA

ERIZOS HECHOS DE PALABRAS

Por Sergio González Rodríguez

En la literatura mexicana ha persistido el género de la fábula, esa herencia de los clásicos a medio camino de lo edificante y la búsqueda de una voluntad de estilo en la escritura, por las obsesiones de tres autores fundamentales: José Rosas Moreno, que confió en las virtudes civilizadas de la moraleja que unía en una cruzada unánime al hogar y la patria; Alberto Michel, que también en el siglo XIX pulió sus historias zoológicas con una destreza que apostaba más a la amenidad y la divulgación científica —su objetivo final— que al impulso sentencioso y, ya en años recientes, Augusto Monterroso. A este grupo intermitente y un tanto bizarro se une, no sin contradecirlo, el libro de Manuel Fernández Perera *La especie desconocida*.

En Fernández Perera ya no se encuentra, por fortuna, ni el propósito educativo ni el divulgador; ni siquiera la tenacidad de escribir meros divertimentos, para no hablar ya de una manía de superioridad vía la deificación de la inteligencia o del escritor como ser inmortal. Nada más lejos que esto de las intenciones de Fernández Perera; sus fábulas son el cumplimiento del acto literario: juego, imaginación, astucia, lecturas puestas a prueba con no poco fervor disciplinario que consiste en entrarle a un género tan exhausto como la fábula y revitalizarlo sin chantajes cultos, sentimentales, poéticos, retóricos. En efecto, como afirma el autor en su advertencia, cualquier semejanza entre sus personajes y personas de carne y hueso no es mera coincidencia: hay en sus textos un burilado espejo deformante. Pero nadie pensaría sin temor a equivocarse que la propuesta literaria de *La especie desconocida* se detiene en su efecto traductor de ciertas realidades y defectos de personas localizables, en primer lugar cada uno de los lectores. En el libro hay aún más que eso.

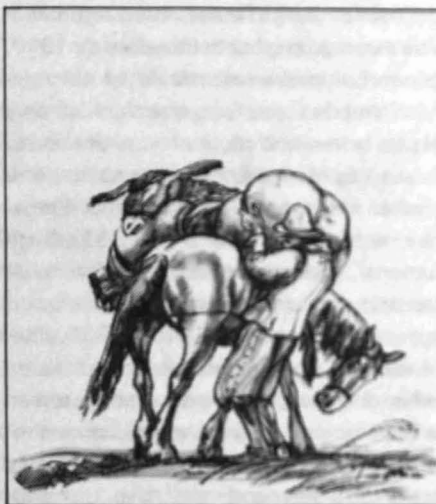
Para llegar a eso, el que escribe tiene que incurrir en una confidencia un tanto impertinente: nunca me gustaron las fá-

el país, que en este caso lo tenían los Estados Unidos.

Esto no fue nuevo, de hecho fue una constante en todo el siglo XIX de la mayor parte de los países que necesariamente debían de conocer, dadas sus intromisiones en el país, nuestra historia. Rabasa escribió *La evolución histórica de México* en 1914, desterrado en el vecino país del norte, y fue publicada seis años más tarde. En su acertada visión de la historia del país son evidentes dos conceptos centrales: el de la evolución violenta y el de la pacífica del pueblo mexicano. El primero comienza con la emancipación española y concluye con la caída de Santa Anna, y el segundo comprende las administraciones de Juárez y Díaz, de quien fue colaborador Rabasa. En éste, sin embargo, son claras las contradicciones para entender ciertos problemas. No podía ser de otra forma en quien fue opuesto a la Revolución Mexicana como movimiento social válido y no entendió cabalmente el negativo alcance o el significado de muchas medidas porfiristas. Así, refiriéndose a las libertades del porfiriato, señaló que si bien Díaz coartaba ciertamente la libertad de prensa y la de reunión política, "la libertad en las opiniones privadas, en las conversaciones y en los actos personales, jamás fue mayor en México ni de él: se hizo nunca más frecuente ni cabal uso."

bulas; ni en la niñez ni en las divagaciones de lector que buscaban el mito de la *formación literaria* siempre pospuesta por el rock, el ocio y las urgencias periodísticas. Con este paisaje no es de extrañar que Esopo represente en mí un recuerdo vago e Iriarte o Lafontaine un horror insufrible. De esta abulia y por razones profesionales apenas se salvaron, como pudo verse desde las primeras líneas, los escritores citados, a los que el libro de Fernández Perera les confiere una prestancia y un atractivo que no acababan de poseer para el de la voz. *La especie desconocida* reconcilia al lector con una tradición literaria. ¿Cómo lo hace? Saboteando el género, desposeyéndolo de sus certezas atildadas.

Fernández Perera —y el uso frecuente del apellido no quiere señalar que ha caído sobre sus hombros el manto de armiño y la inmortalidad por adelantado sino es un recurso de distanciamiento momentáneo para facilitar estas acrobacias escriturales— Fernández Perera, pues, elige en sus fábulas el rumbo difícil: la mayoría de sus textos hablan de personajes inconformes consigo mismos, ávidos de transformarse en lo que no son, en el trance permanente de brincarse las bardas que los circunscriben, pero con oficios tan torpes que por lo regular recalcan en el fracaso de sus pretensiones y en un estado de mayor degradación que el que vivían. Un perico fabulista que termina sin distinguir quién copió a quién: los animales a los hombres o viceversa; la mona que se viste de seda y deja de ser mona pero sin perder el nombre; el perro que quiso ser hiena y sólo consiguió el rictus de la risa; la gallina que



perseguía ser gallo; el cuervo que llegó a la verdad por la mentira pero fue ya incapaz, entonces, de señalar fronteras entre una y otra. Estos y otros personajes fallan menos por ambiciosos que por tontos. Su pecado es de estupidez y la condena desemboca en el sótano de la desolación. Las fábulas de *La especie desconocida* cobran la densidad de lo ambiguo: son divertidas pero tristes. Auténticos erizos hechos de palabras.

Comparar los textos de *La especie desconocida* con erizos resulta sin duda una extravagancia; una extravagancia que tiene cola. El escritor irlandés Samuel Beckett escribió en su libro *Compañía*, relato condensador y conclusivo de toda su obra, un fragmento autobiográfico que permite precisar lo que aquí se desea explicar. Un día helado un niño se apiada de un erizo errabundo y decide atraerlo, le construye refugio en el jardín de su casa con una vieja caja de sombrero en una conejera en

desuso, donde el animal puede entrar y salir sin obstáculos. Por un momento el niño es feliz; satisfecho de su buena acción no deja de incluir en sus oraciones diarias al erizo. Pasan los días cada vez más fríos —es Otoño— y cierto latido o inquietud indefinible llega a la conciencia del niño por relámpagos:

Era la sospecha —escribe Beckett— de que tal vez no todo estuviera como Dios manda. De que, en lugar de hacer lo que hiciste, acaso hubiese sido mejor dejar las cosas como estaban y que el erizo siguiera su camino. Días, si no semanas, pasaron antes de que pudieses armarte de valor para regresar a la conejera. Nunca has olvidado lo que entonces encontraste. Ahora estás boca arriba en la oscuridad y nunca has olvidado lo que entonces encontraste. La masa informe. El hedor.

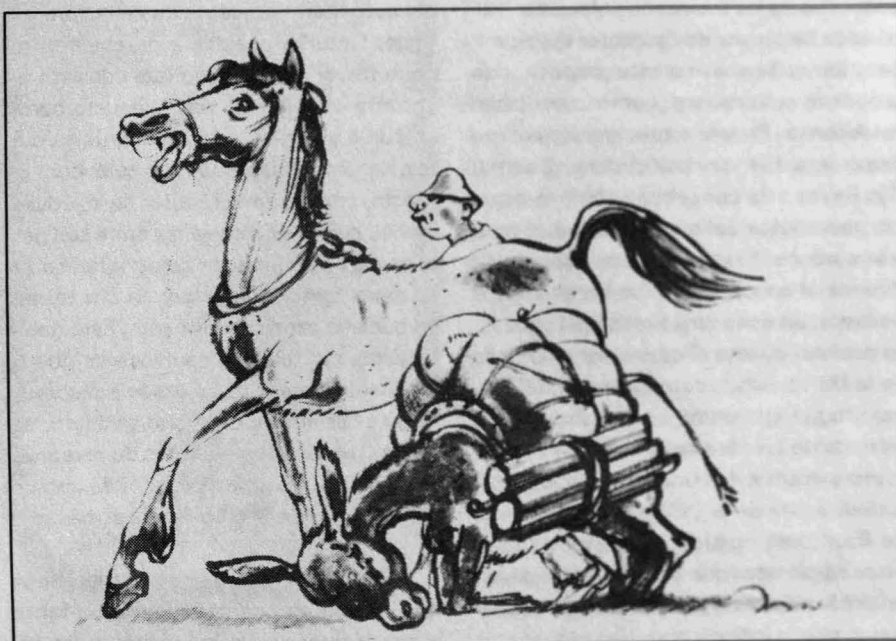
La inocencia decepcionada, la imposibilidad de cierta compasión humanitaria, el encuentro con la descomposición que deriva a veces de las buenas intenciones, la sutil entereza literaria que redime a los actos humanos en su caída están presentes en este fragmento literario de Samuel Beckett —como en gran parte de su obra—; justo de estos temas se ocupa con alegría y tristeza alternas cada una de las fábulas de Manuel Fernández Perera. En este sentido, sus fábulas son como erizos hechos de palabras. Mídase, si no, esto que se acaba de decir con el texto siguiente de Fernández Perera, "El sueño de los justos":

Llena de follaje tierno, ahíta de brotes y nervaduras, y apremiada por un impulso que obedeció con instinto pertinaz —como antes había satisfecho la avidez de clorofila—, la oruga se colgó de una rama, se envolvió en el capullo y se entregó al sueño.

Adentro no pudo intervenir en nada, ni desear, ni elegir, sino rendirse al capricho de la metamorfosis milagrosa, confiada en una siesta de la que no despertó.

Meses después, la mano de un niño la desprendió de la rama desnuda. Estaba ya seca como simiente e incumplida como promesa falsa; era un higo enjuto, un testículo estéril, un huevo del que escapó un polvillo infértil.

La tercera manera de expresar lo que refieren esos textos es observar las fotografías de Lola Álvarez Bravo incluidas en el libro, cuya sensibilidad para el mundo animal siempre ha sido finísima.



Buena parte de las fábulas de Fernández Perera se ocupan de algo que va más allá de los deberes del género, "La crítica de los defectos, la moraleja y el conocimiento de los seres". Se trata de la reflexión sobre el acto de la escritura, el estilo, la esterilidad de los ingenios, el mito de la página perfecta a fuerza de correctivos y ortopedias tan inútiles como la interpretación de una coma. *La especie desconocida* se burla de los maniáticos exquisitos cuya única tirada literaria se agota en la microscopía de la solemnidad gramatical. Ese tipo de vacas sabias que rechazarían un buen texto sólo porque no tiene algunas comas donde marcan las reglas de la Academia. Fernández Perera supo que su libro incluiría tanto crítica como autocrítica de esos moralismos momificados. Decidió que en su libro el uso y abuso del género de la fábula era un simple pretexto para narrar historias; de ahí el epígrafe de Oscar Wilde que abre las páginas: "Todo importa en el arte, menos el asunto". Demuestra así que escribir bien no es una tarea que remita a la decencia, o al reglamento de policía y buen gobierno literarios.

Las fábulas de Manuel Fernández Perera trascienden la facilidad porque buscan la inteligencia de lo bizarro en su mejor amplitud. Ahí parece descubrir su espacio instantáneo como escritor. Demuestra que no es de ningún modo una mala estrategia empezar por lo complejo. Ernst Jünger, que como los insectos camuflados ha sido guerrero, dandy, esteta de la violencia, nazi sin carnet, soldado contrito, ídolo de Borges, entomólogo, botánico, anarca y escritor alemán casi centenario, en su

libro de aforismos *El autor y la escritura* dejó una definición de lo bizarro y sus valores:

En lo bizarro se aúna lo extravagante con lo fantástico. El aspecto suscita sorpresa, extrañeza, crítica y, también, complacencia.

Lo bizarro puede surgir de un estilo o género, afinarlo o exagerarlo, pero no crearlo. El maestro en bizarro no encuentra discípulos, pero sí imitadores. . . Lo bizarro no se cuenta necesariamente, pero sí con frecuencia, entre los signos de decadencia. El apartamiento de la norma —núcleo de lo bizarro— puede estar basado en lo individual, y por lo tanto ser posible en cualquier época. . . Lo bizarro no debe confundirse con lo grotesco, que exagera desmesuradamente. Con un bizarro puede andar uno por la calle, mientras que con un simple *incroyable* lo mejor sería ir en auto con él.

A estas alturas quién sabe si de veras el Manuel Fernández Perera de *La especie desconocida* sea bizarro o cuales quiera de las demás cosas que aquí se le han achacado, o bien se trata de que con este libro, como con los personajes de sus fábulas, no sabe uno a qué atenerse. Lo que sí es seguro es que a Manuel no sólo se le puede acompañar a caminar por las calles o leer con placer, sino disfrutar también del ridículo compartido de los eventos que la piedad denomina presentaciones de libros. o

LA LETRA E

UN MAESTRO DEL ENSAYO CORTO

Por Marco Antonio Campos

Hacia 1985 Arreola habló sobre el *Gog* de Giovanni Papini, y con entusiasmo admirativo, dijo que "disparaba cien textos a su alrededor." Una obra que es una suerte de delta literario, un verdadero centro irradiador es la de Augusto Monterroso.

Hasta hace unos años era común hablar, aun con Monterroso, de la brevedad de su obra y la brevedad en su obra: pocos libros y textos breves (cuento, fábula, ensayo corto, artículos, notas, aforismos. . .) De aquello no es posible aseverarlo ya con la misma facilidad: seis libros y otro más que lo parece o lo es, o al menos él quiere que lo sea y que probablemente lo sea (*Viaje al centro de la fábula*). De los géneros que trabajó, con parecida felicidad, el que más hemos gustado es el ensayo corto. Por eso, seguramente, sus libros que más frecuentamos son *Movimiento perpetuo*, *La palabra mágica*, y lo será éste, *La letra e*, del que muchas de sus páginas son ensayos cortos. Si las características para este difícil y hermoso género o subgénero, o como quiera juzgarse, son, según Julio Torri: un "leve contenido de apreciaciones fugaces" y "la expresión cabal, aunque ligera, de alguna idea", Monterroso las cumple ejemplarmente.

Monterroso, en dos o tres ocasiones, subraya en el libro que no es un crítico, y se apiada de buena fe por ellos. Si entendemos al crítico como al reseñista que entrega su nota (si es una) hebdomedaria, tiene razón. No, si lo entendemos como un creador de ideas; en esa vertiente tres o cuatro de sus libros, más en el ropaje que en el disfraz, muestran al crítico creador. Los problemas que se conversa o se discute él mismo son, a fin de cuentas, los que un crítico se hace con más o menos frecuencia desde su particular óptica.

En literatura el Diario puede funcionar en los dos sentidos: como género independiente, o supeditado a otro género. Es decir, como una historia real con nombres propios o dependiente de la ficción.

El crítico, antes o en la lectura de *La letra e*, se pregunta: ¿Qué sentido tiene escribir un Diario? ¿Es para la memoria per-

